

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, S, 1.º izquierda,
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
8 Diciembre de 1888
NÚMERO 10.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GENERAL BOULANGER

Habrà pocos nombres más sonados ni más actuales que el del *brav* General.

Jorge Ernesto Juan Maria Boulanger, que así se llama, trae revueltos á los vecinos de allende el Pirineo, y también un poco á los de allende el Rhin. En él hay más que una idea política: la encarnación de la sed de revancha, por la que suspiran los franceses. Y Boulanger hace lo posible por satisfacerla.

Lo que nadie puede predecir es si, llegado el caso, volverá á París con las banderas de Sedán, ó cantando aquel famoso *couplet*, que no está en el repertorio de Paulus:

¡Qué palos les dimos...
ellos á nosotros!



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año 9 pesetas.
Seis meses 5

Ultramar y Extranjero.

Un año 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO



¡ABEN ustedes que esta semana no ha ocurrido nada digno de ser contado en esta *Cronica*!

Pero tengo el compromiso de llenar estas columnas, y, a falta de asuntos, presentaré á ustedes, siempre que esto ocurra, algún tipo popular, v. gr., el de hoy, La Indalecia.

Cigarrera madrileña, y guapa ella, ¿quién duda que estará como en su centro en las columnas de Los MADRILEÑOS?

¿Dónde irá la Indalecia, lloviendo á mares, sin paraguas, después de las once de la noche, calle de Embajadores arriba, arrebuajada en su mantón de ocho puntas, tirado sobre la frente el vistoso pañuelo de seda, y enseñando á los transeuntes el par de pantorrillas mejor modelado que ha producido jamás el hábil cincel de ese escultor que se llama Dios, y que es el maestro de los maestros en eso de modelar criaturas perfectas?

¡Vaya usted á averiguar!

Desde las seis de la tarde, hora en que salió de la Fábrica de cigarrillos, donde es una especialidad en lo de liar pitillos, se encerró en su casa, un bonito sotabanco de la calle del Bastero, con vistas al patio, donde vive solita y allí, después de acicalarse un poco, peinarse como ella sola sabe hacerlo, y ponerse unas medias vistositas, salió á la calle sin temor al copioso aguacero que convertía en ríos las calles de aquellos barrios, demasiado despreciados por la policía municipal, y dirigióse con rápido paso hacia el centro de la corona villa.

Aún no hemos dicho á ustedes quién es Indalecia.

Hija de Madrid, amamantada en la Inclusa, criada en el Hospicio y desarrollada en la Fábrica de tabacos, era una muchacha honrada á carta cabal, y una de nuestras más acreditadas pitilleras.

En cuanto á su físico, Indalecia era lo que se llama una buena moza.

Alta, gruesa, morena; tenía unos ojos negros capaces de trastornar á un santo; su boca era chica, y encarnada como una cereza en sazón; el timbre de su voz era fresco y simpático, y sus pies de muñeca y sus manos de niña podían citarse como un modelo en su género.

La gracia de sus andares, y la sal de aquel cuerpo airoso y provocativo, eran la desesperación de todos los mozos del barrio, y el encanto de más de cuatro señoritos que no habían logrado ablandar aquel corazón de piedra berroqueña.

¿Tenía novio la Indalecia?

¡Vaya! Un guapo mozo, oficial de fragua de uno de los talleres de carruajes más antiguos de Madrid, ganando sus cinco pesetas de jornal, pero un tipo algo mujertego, amigo de tomar unas *fiatas* siempre que se presentaba la ocasión, y cuando no se presentaba, gran tocador de guitarra, entusiasta por el cante flamenco, y por *enda* de las *cantaoras*, concurrente bastante asiduo del café *Imparcial*, banderillero de afición en la plaza del Puente de Vallecas, con su pelito á lo Mazzantini y su chaquetilla corta, liberal porque sí, temerón hasta la pará de enfrente, y heredero legítimo por ambas ramas de los manolés y chispéros del Lavapiés y Maravillas; un chulo, en fin, en el buen sentido de la palabra; lo que se llama un hijo de Madrid por los cuatro costados.

Y en busca de aquel *indino* salía á aquellas horas, y lloviendo, la hermosísima Indalecia, con la tormenta de los pelos desbordada en el corazón, y echando relámpagos por sus hermosos ojos.

Aquella tarde le había dicho en la Fábrica *La Pelitos*, una de sus compañeras, que Alfonso andaba en malos pasos con *La Giralda*, una *cantaora* del café *Imparcial*, y que allí se gastaba Alfonso el jornal de la semana; y allí iba Indalecia á buscarle, resuelta á armar una *bronca* de todos los demonios.



— Buenas noches, Alfonso.
 — ¿A qué vienes aquí?...
 — Vengo á distraerme. ¿Estorbo?
 — ¡Indalecia!...
 — A mí no me chilles, ¿oyes?... Si una quiere tomar dos copas, pongo por caso, y entra en un establecimiento público...
 — En estos *cafés* no deben entrar señoras.
 — Vamos, hombre, que te calles... ¡Señoras!...
 — ¡Ya estás armando!...
 — ¡Que no! ¡Mozo, café!
 — En otra parte lo tomarás, y vámonos ya, y no me chilles.
 — ¡Desaborio!
 — Oye, tú; ¡no me faltes!
 — ¡Si es que sobro!
 — ¿A que te doy dos *patás* que te reviento?
 — ¡Daban!
 El mozo, con las cafeteras:
 — ¿Leche?
 — ¡Ya lo creo! Cuando lo tomé puro no duermo. ¿No te pasa á ti lo mismo, Alfonso?...
 — ¿Te chuleas?
 — ¡Digo yo!
 — Si vienes á armar cuestión, no te sales con la tuya. ¡Que no! Cuando uno no quiere... ¡dos no riñen!
 — ¡Es que yo, en buen hora lo diga, sé lo que es la *dividá*, y me sobra la crianza hasta por encima de los pelos.
 — ¡Ni que decir tiene!
 — ¡Eso que tú has dicho!
 — ¡Ole ya!
 — ¡Mas te vallera no andar pingoneando á estas horas!
 — Vamos, hombre, que no seas panoli. ¡Pingoneando? ¡Pues ganas de guasa me traigo yo esta nonhecita!
 — Lo que tú traes son muchos infundios, y muchos achares, sin motivo ni cosa que lo valga. Yo he venido aquí á esperar á un amigo.
 — ¿Amigo, ó amiga?
 — ¡Y dale...! Cuando digo que todas las mujeres habláis porque tenéis boca, y que sois como las campanas, que dan y no saben por qué dan...
 — Lo que yo te voy á dar á ti, es un disgusto...
 — ¡Puede!
 — ¡Y que lo digas! A ti, y á esa *gochá* que se desgana en ese tablado, y que en cantidad salga, la voy á decir yo dos cosas al alma.
 — ¡Indalecia!... A ver si te achantas, y te tomas ese café, y salimos de pira, que no me gustan las broncas sin motivo...
 — ¡Boceras! ¡Poca leche!
 — Oye, tú, eso es faltar... y no voy á reparar en el sitio... en que estamos...
 — La catedral...
 — Pero, vamos á ver. ¡Maldita sea mi suerte! ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué te traes esa cara y esas entrañas tan negras? ¿Te faltó yo en algo?
 — ¡Qué! ¡Má que faltar tú!
 — ¡Pus entonces...
 — ¿Sabes lo que te digo?... Que eres un sinvergüenza, mayormente, y que no te vuelvas á arrimar á mí en todo lo que te queda de vida... y en paz.
 — A ti te han calentao la cabeza en la Fábrica, como si lo viera; y te has venido aquí de estampa pa cogermé en un renuncio... ¡Afortunadamente yo soy más claro que el agua.
 — De fregar.
 — Y juego limpio, y no tengo que esconder la cara por ná. ¿Te enteras?... Y si me faltas, salimos esta noche muy mal de aquí...
 — ¡Andando! ¡Si á mí me llaman queriendo!
 — No me faltes, que tengo malas pulgas.
 — ¡Miste qué Dios! ¿Estás ya con la *tsjada*?...
 — ¡Que te chafa las narices más pronto que lo digo!
 — ¿De veritas? ¡Déjalo, que se te va á quedar la *maña*!
 — Yo soy un hombre, y me porto contigo como lo exige el decoro y el *aque*l de una persona que *tie* algo que perder...
 — Lo que tú eres, es un peal, que no merece siquiera que yo le mire á la cara...
 — Algo menos...
 — Y ahora mismo me najo, y no me vuelves á ver... porque yo sé dónde me aprieta el zapato.
 — Y otras cosas.
 — Y dilo, Cirilo.
 — ¡Date tonel! Si las mujeres sus tonís porque sabís y no sabís ná!
 — ¡Pasa, talento!
 — Aunque no tengo talento, sé distinguir, y alternar, como





cualquiera, vamos al decir, y si á ti, pongo por caso, te han dicho esto, ú lo otro, ú lo de más allá, aquí está mi persona, pá darte las satisfacciones que quieras: gte enteras... ¿tú?..

— Eso ya varea.
— Pus *haiga* paz, y echa por esa boca lo que te ha hecho daño.

— Sí. ¿Qué te lo diga?... Pues lo que á mí me ha dañado, es... En este momento comenzaron las palmas, los *¡olé!* el rasguear de la guitarra, y el golpear el tablado con la cachiporra, y apareció puesta en jarras la *Giraldita*, dispuesta á arrancarse por unas peteneras, ó unas malagueñas, por todo lo alto.

— Ahí tienes lo que se me ha indigestao, dijo Indalecia, señalando con un enérgico ademán á la cantante. ¡Esa!

— ¿Esa?... ¡Cuando digo que tu estás guillá del sentío!

— ¡Puede! Verás tú si la lleno la cara de deos, en cuanto vuelva la *fila pacá*.

— ¡Que no me comprometas, Indalecia, que no me comprometas!

Desfachatadamente, como si la artista flamenca hubiera querido dar la razón á la cigarrera, encaróse con Alfonso; sonrió de un modo pícaro, y después de un golpecito de tos, que más que preparatorio para despegar la garganta, parecía intencionada burla, se dispuso á cantar.

Indalecia no le dió tiempo para ello.

Ronunciamos á pintar el escándalo que se armó. Levántose de la silla como movida por un resorte, y antes que Alfonso pudiera impedirlo, lanzó un vaso á la cabeza de la *Giraldita*, al mismo tiempo que la apostrofaba rudamente, con una de esas palabras breves y malsonantes, que constituyen por sí solas el más sangriento insulto para una mujer.

Volaron por el aire copas y botellas, salieron á relucir las de Albacete, se hicieron añicos varios espejos, sonó una detonación, y el delegado del distrito, acompañado por los guardias, lavadió el local, llevándose presos hasta los mozos.

Indalecia y Alfonso durmieron aque'la noche en la prevención, y como afortunadamente no hubo desgracias que lamentar, la cosa se arregló celebrando un juicio de faltas, y pagando los desperfectos y una multa los causantes del motín.

Excusamos consignar que el oficial de fragua y la hermosa cigarrera quedaron reñidos.

— ¡Vaya!

Y reñidos de una manera seria y formal.

(Como que no hicieron las paces hasta el día siguiente por la mañana!)

E. NAVARRO GONZALEZ.

DESDE EL BOULEVARD



En París en el mes de Diciembre, es un verdadero acontecimiento que merece consignarse por el cronista.

De esta ganga disfrutamos aquí hace dos ó tres días; y aunque este sol resulta un poco de guardarropia para un español, no deja de regocijar la vista la aparición de ese disco amarillento, que puede uno permitirse el lujo de mirar cara á cara, y que nos saluda cariñosamente al salir de casa por las mañanas.

La verdad es que la naturaleza nos está dando cada chascón. En el mes de Junio nos helábamos, y

cuando acabamos de hacer provisión de ropa de abrigo y de carbón de colc, viene el sol á templar la atmósfera y el termómetro sube con el mismo descaro que empieza á bajar la Bolsa.

Fenómenos extraños que aprovechan algunos astrólogos de ocasión para anunciarnos muy formalmente que se acerca la fin del mundo.

Y á estos anuncios hay que contar lo que decía un paisano mío:

— ¡Lo que sentiré es que me coja sin dinero!

El mes de Diciembre presta á París, y sobre todo á sus calles más animadas, aspecto especial.

Se aproxima fin de año, se acerca año nuevo: el día terrible de los *étrenes*, en que hay que regalarle mutuamente algo. Aguinaldos ineludibles, que la mayor parte dan por compromiso y los más reciben con indiferencia.

Los comerciantes, que harán su agosto en Enero, se preparan para el gran día, y ofrecen en sus escaparates todo género de chucherías más ó menos caras (más bien más que menos) á la tentación de los parisienses.

Los confiteros y los comerciantes de juguetes llegan á lo inverosímil para inventar algo caro en *objetos para regalos*, que ellos dicen.

El tradicional *sachet de bombons* va tomando proporciones ataradoras.

Ya sirve to lo para encerrar una libra de dulces. Un sombrero de señora, de quince ó veinte duros, y que se puede usar después de extraerle las *marryons glacés* ó las *fondants au chocolat*. Un reloj de porcelana de *Saxe*, que por sí sólo adornaría una chimenea de un *boudoir*, y que da la hora y que cuesta muchos cuartos. Un jarrón de cristal de Bohemia. Un joyero de plata cincelada. Todo, en fin, lo más caro donde pueda habilitarse un escondrijo para media libra de dulces, se llama descaradamente *Lombonera*.

Y no hablemos de lo que se ha dado en llamar *étrenes útiles*, porque en este mes los comerciantes dan ese nombre á todo.

Así es frecuente leer en anuncios ó escaparates, que se os ofrece, como propio para aguinaldo, una peluca rubia, ó un aparato de dulces circulares, ó un statu de lujo.

Las fortunas modestas se ven apuradas para quedar

decentemente con las personas de mi *compromiso* el día de año nuevo.

Y hay quien ya se devana los sesos pensando cómo saldrán del apuro dentro de un mes.

Un amigo mío, que pasa por la calle de *sprít*, ha encontrado una bonita solución para un caso difícil.

— ¿Qué piensas regalar á Fulano, ó á Menganita, ó á Zutano? le preguntábamos ayer.

— Pues les voy á regalar el oído!

Hay que advertir que mi amigo es sordo.

Uno de estos últimos días hemos tenido un encuentro agradable en el boulevard.

Algunos que nos llamaban desde un coche, Entre un montón de cajas, sombreros y paquetes de todas clases, asomaban dos caras conocidas, de antiguos amigos.

Eran María Tubau y Ceferino Palencia.

— ¿Adónde vais?

— A probarme diez trajes, contestó María.

— A Buenos Aires, respondió Palencia.

— ¿De dónde venís?

— De probarme ocho abrigos, contestó la Tubau.

— De pagar no sé cuántos miles de francos, respondió Ceferino.

En vista de que no había modo de entenderse, subí al coche, y, sentándome sobre una caja de de sombreros, á falta de bigote, los acompañé en su peregrinación por todas las casas de modistos y modistas principales, y me enteré del objeto de su viaje.

La Tubau y Palencia van á emprender en Febrero una excursión por la América del Sur, empezando por Buenos Aires, y el viaje á París era para hacerse una colección de *toilettes éblouissantes*.

Unos cuantos miles de duros que volverán de América en millones, si los resultados son como yo se los deseo á estos buenos amigos.

El capítulo de industrias desconocidas y especiales de París es inagotable.

Las agencias de matrimonios son ya cosa vieja y *démodé*, de puro usadas.

Hay algo más nuevo y curioso en el género.

Y la prueba es este anuncio, copia la del que hemos visto pegado á la pared y próximo al *Hospicio de los niños abandonados*:

PARA COLOCAR LOS HIJOS NATURALES CON DISCRECIÓN

Dirigirse á M. X.
Calle de Tal, número tantos.
Se necesitan para adoptivos.

Esperamos ver prosperar esta industria, y que dentro de poco se anuncie en todos los periódicos

GRAN SURTIDO DE NIÑOS

A los matrimonios sin hijos *prestanse* ofreciéndoles rubias, morenas y malatas, según los gustos. Garantiza las naturales.—Precios módicos.

M. BLASCO.

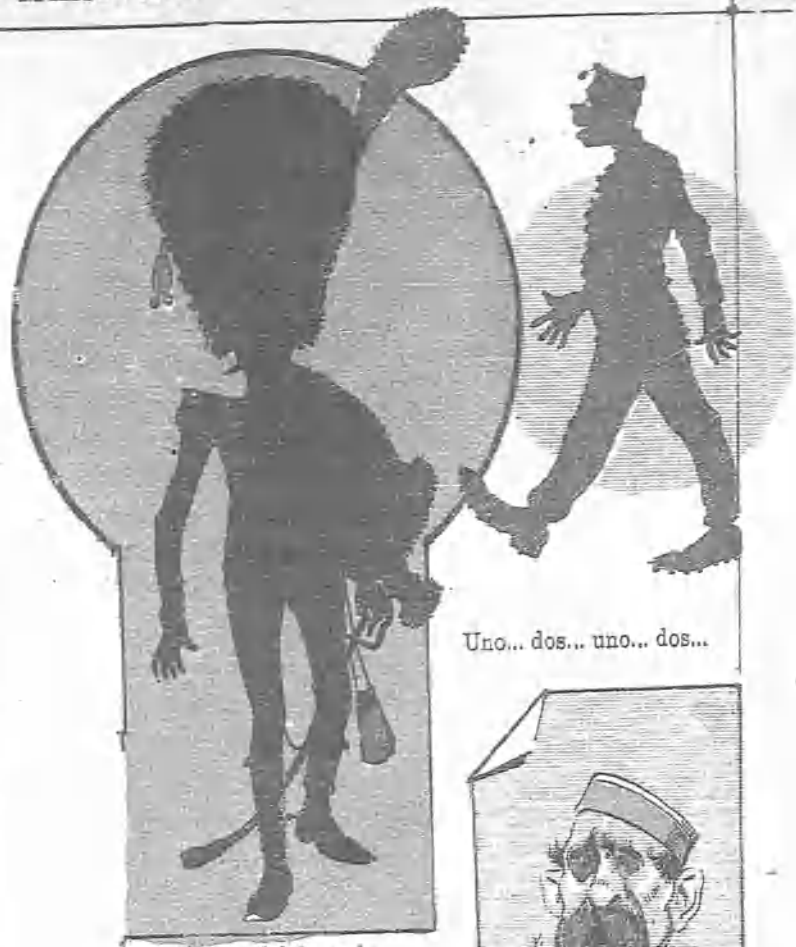
París, 11 Diciembre 88.



TIPOS MILITARES



Soldado flamenco
¡ole tu mare!



Uno... dos... uno... dos...

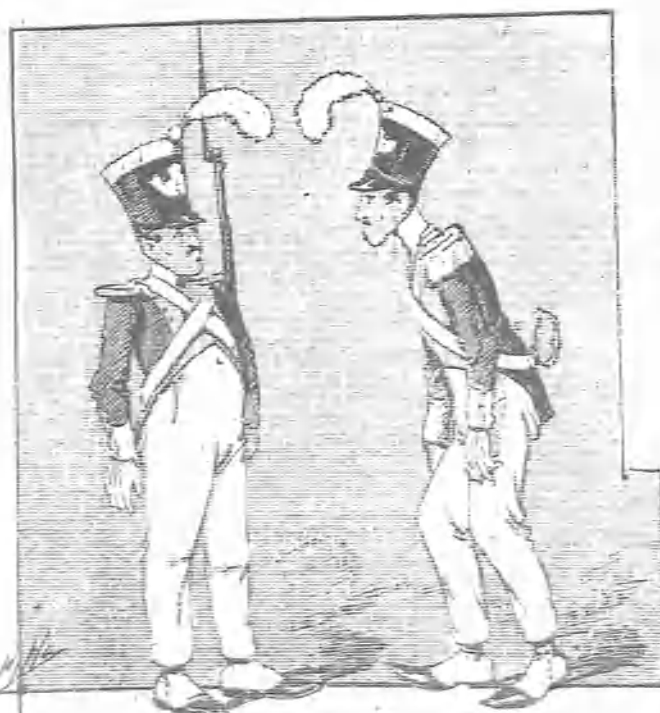
Dragón del Imperio.



El sargento Federico.
¡Ay qué rico!



¡Brigadier Talegón!



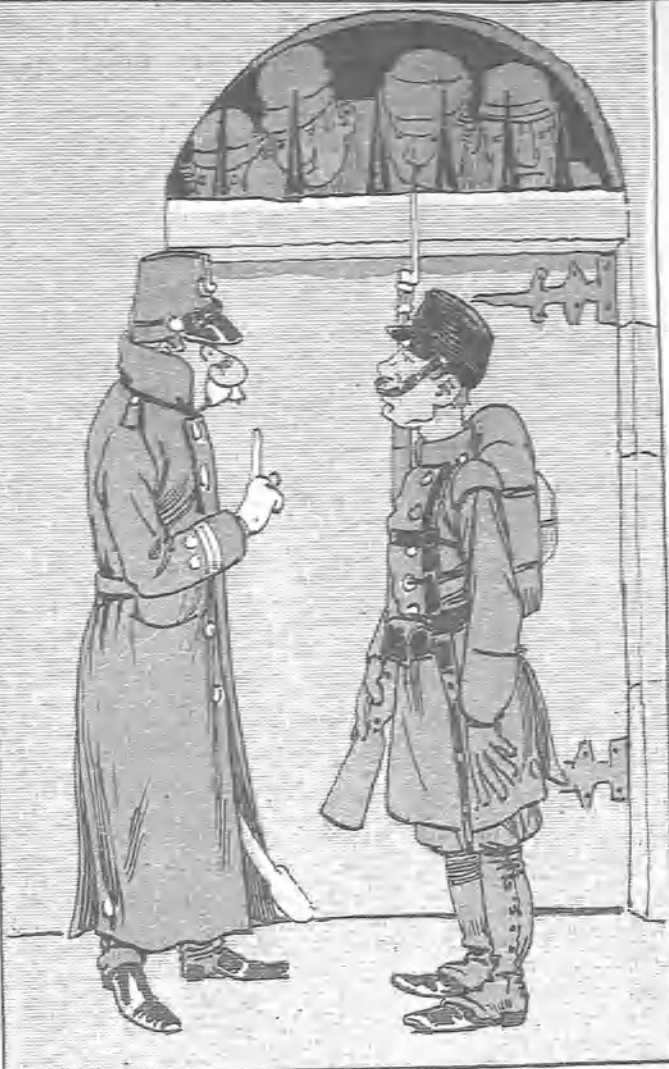
Milicianos del tiempo de Espartero.



«En revenant de la révue...» (Actualidad.)



GUARDIA DE PRESOS



—Tú me respondes de estos presos, y antes te dejas matar que se te escape uno.



—Bueno; vamos á ver qué dicen del pueblo



—¡Alto tpo el mundo! ¡Que mató á ¡do el mundo! ¡Mi teniente, un preso se escapa!



—Animal! ¿No te he dicho que te dejara matar antes?
—Bueno; pero... ¡si me deajo matar, se escapan todos, mi teniente!

¡Huye!

Si es tu voluble espíritu la abeja
Que sólo busca deleitosas mieles
De las almas en flor, tu intento deja
Y no te acerques, ni á mí ni lo vuela.
No encontrarás el zumo perfumado,
Y es temerario tu galante juego;
Eres bella, me rindo enamorado
Y el verdadero amor, siempre es de fuego.
No ha de burlarme tu beldad suprema,
Aunque la envuelvas en pomposas galas,
El amor es contagio, el fuego quema,
Y, si te acercas, perderás las alas.

FRANCISCO A. DE IBAÑA.

EPIGRAMAS

Cierta actriz y cierto actor,
según claro testimonio,
al drama del matrimonio
encaminaron su amor.
Ella, en el éxito fia:
mas, por culpa del galán,
tras largos años están
ensayando todavía.

— Arroz á la jardinera;
póngase usted, don José.
— No consiento, Salomé;
póngase usted la primera,
que yo luego me pondré.

Viendo á la hermosa Librada,
y al ofrecerla acomodo,
le dije: — ¿Es usted casada?
y respondió: — No del todo.

Julio Plá se casó ya
con Bartola la manola,
y tan vago es el tal Plá
que á todas horas está
tumbándose á la bartola.

LIONORO C. POWSER.

DOCTOR BLAS

Al verte tan bella,
hasta el sol entre nubes se esconde,
rojo de vergüenza.

Eres del fuego poderoso emblema,
tu hermosura fascina y enloquece,
mas tu contacto quema.

No sé por qué causa
hace tiempo que ya no me miras
como me mirabas.

EMILIO DEL VAL.

IMPRESIONES TEATRALES

Fuerza mayor, la falta de espacio, me impide hoy decir todo lo que quisiera de los dos estrenos de la semana: *Pedro el Bastardo* y *Gloria*. Pase primero *Gloria*, por razón de galantería, y por otras que no son del caso, ó lo son demasiado, y quédese el *Bastardo* para luego.

¿Qué es *Gloria*? ¿Una buena comedia, un excelente drama?

No por decirlo después que otros deja de ser cierto: esta comedia es un símbolo, y hasta dos símbolos; porque tanto espacio hay allí para el artista que lucha y vence, como para el amor, que lucha también, y también vence, redimiendo al artista extraviado. Si Cano se propuso ó no hacer esto, no lo sé, ni lo afirmaría; pero que *Gloria* resulta de este modo, sí que puede afirmarse. De tal manera es esto, que lo mismo pudo ser *Gloria* un poema lírico que un poema representable, sin que en el cambio perdiese nada de su hermosura; las figuras de la comedia no son, pues, éste ni aquél, son la idea abstracta, el arte, no el artista; la explotación, no el explotador; el vicio, no la cortesana; el amor, no la mujer enamorada.

Gloria tiene, además, algo que será un defecto para los realistas, pero que en el momento se acepta sin discusión ni escrúpulos, que pueden venir luego. Los finales del primero y segundo acto tienen sabor melodramático. Y en esto sí que creo yo que Leopoldo Cano pensó de antemano, temeroso de que cierta parte del público, poco dado á penetrar simbolismos, no gustase primores de fondo y forma, si no iban acompañados de algo puramente externo. ¿Es esto un defecto de *Gloria*? Para mí y para muchos, no.

Lo que más se discutió la noche del estreno fué la forma, y lo que se ha dado en llamar *audacias* de Cano. La forma es sobria, enérgica, viril, limpia de ripios más que en otras obras del autor. El fondo, las *audacias*... esto no diré yo que alguna vez no sea sobrado acre y pesimista, pero ciertamente hay allí muchas verdades que es sano repetir. Y bueno es que alguien empiece á decirías.

La ejecución de la obra, un prodigio.
¡Ah! Si alguien quiere saber los grados de mi amistad con Leopoldo Cano, contestaré, como Castelar en cierta ocasión, que apenas me llamo Pedro.

Pase ahora el buen *Pedro el Bastardo*, cargado con la impedimenta de versos sonoros, y en su mayoría vacíos, de apóstrofes valientes, y de música que agrada mientras suena, y se pierde y olvida luego de acabada, y acomódese donde pueda, hasta que esto dé una vuelta y resucite el género que entusiasmió á nuestros abuelos.

Ha dicho no recuerdo quién que no por estar anticuado debe rechazarse el género romántico, y tiene razón, y nadie lo rechaza... cuando es bueno. Pero permítenme los señores Velarde y Cavestany (ó Cabestany, que hasta en esto hay dudas). Cuando al público se le da una fábula poco interesante, y en que intervienen personajes que hablan con el delirio del lirismo, sin átomo de pasión *verdad*, sin sombra de realidad, el público no la acepta. Los personajes de *Pedro el Bastardo* dicen lo que dicen, como pudieran decir mucho más; pero no dicen nada *humano* y predicán en desierto. Son á modo de los chicos poetas del Ateneo: versos semovientes.

Que el drama no es bueno, no necesita demostración después de lo dicho; y que Velarde y Cavestany son dos poetas que pueden cobrarse honrosamente de la equivocación sufrida, tampoco.

Conque... á otra.
No á otra equivocación, sino á otro drama, con versos, si ustedes quieren; pero á condición de que tengan *algo dentro*.

Y el autor de *Gloria* ha demostrado que se pueden hacer.

FEDERICO URRUCHA.

VALERITO



si le llamábamos todos cuando, hace doce años, cantó por vez primera en el teatro Real.

Hoy ya no es Valerito, sino Valero; le ha sucedido lo que al matador de toros Fernando Gómez, su tío, que empezó siendo *Gallito*, y ha acabado por ser un *Gallo* con espolones.

Y no es que el tenor de ópera haya perdido el diminutivo de su nombre por la transformación física.

Nada de eso; como Valerito, es tan Valerito hoy como lo era hace doce años.

Tiene barba, eso sí; una barba erizada y rebelde que le come el

rostro y le da aire de artista *sfogato*; pero á través de los ojos saltones, de la movilidad fisonómica y de una vocecita anifada y dulce, que tiene en la conversación la impetuosidad y el desparpajo de un travieso moeete, asoma siempre el Valerito de antaño, con su bigotillo incipiente, su medrosa faz de aprendiz

de artista, y aquel caso famoso y aquellas botas fantásticas del carabinero de *Fra Diavolo* con que le bautizamos cantante en el teatro Real.

Fernando Valero es la actualidad del momento, y es seguro que dará que hablar en la presente temporada. Allá va su historia.

La voz de Valerito se reveló de una manera insólita en Granada, donde su padre ejercía un modesto empleo.

El muchacho tenía entonces trece años, y su afición á la música le había hecho cultivar las *vabonas* espléndidamente, dejando las clases por el teatro, y entreteniendo el oído cuando sus padres le creían aprendiendo gramática.

El caso es que la sociedad de Granada, *Las Delicias*, organizó una audición del *Stabat Mater*, de Rossini, bajo la dirección del reputado maestro granadino D. José Espinel y Moya.

Hacían falta coristas, y Espinel, amigo del padre de Valero, dijo á éste que le mandara al chico, con objeto de probarle la voz.

Valerito no sabía una palabra de música, pero acudió gozoso á casa de Espinel, y allí, acompañado al piano por el maestro, vocalizó intervalos, conjuntos y disjuntos, arpeggios y escalas, con toda la buena fe y todo el entusiasmo de un pájaro que acaba de salir del nido, y gorjea y trina sin ton ni son.



Fué tal el encanto que produjo en Espinel la vocacita de Valerito, que le dijo á quemarropa:

—Tú no vas á cantar en el coro; vas á cantar la parte de tenor del *Stabat Mater*.

¡Y la cantó Valerito! Y obtuvo en la ejecución un gran éxito! Se la enseñó Espinel, metiéndole las corcheas en la garganta como con un pistero; y el chico salió airoso del compromiso, y al buen Espinel se le cayó la baba.

En tan buen camino va, no podía detenerse el maestro, y no se detuvo ciertamente; dió á Valerito lecciones de solfeo, colocó los cimientos de su educación musical, y, poco después, cantó el muchacho, con mucho éxito, en *Las Delicias*, las zarzuelas *La Vieja* y *El estreno de un artista*, de Joaquín Gaztambide.

La Providencia llevó á Tamberlick á Granada en 1874, para que decidiese definitivamente de la carrera de Valerito.

Oyó el gran artista la romanza de *Martha*, quedó prendado de la voz del chico, y dijo á sus padres que debían dedicarlo sin vacilaciones al teatro.

Poco tiempo después recibía Valerito una credencial de seis mil reales en el ministerio de Hacienda, y llegaba á Madrid con la mente henchida de ilusiones y el alma repleta de alegría.

Enrique Tamberlick, cantante insigne y hombre de nobilísimo corazón; Enrique Tamberlick, que ha protegido siempre con solicitud impagable á los artistas españoles, se interesó por Valerito, le dió lecciones y consejos en su casa (allí le oyó por primera vez, antes de su presentación en el Teatro Real), y preparó su estreno con una solicitud verdaderamente paternal.

Á la vez que Valero estudiaba con Tamberlick, tomó lecciones particulares del antiguo y reputado profesor D. Mariano Martín Salazar, hasta que, conceptuándose en disposición de presentarse ante el público, lo verificó, interpretando la parte de carabenero de *Fra Diavolo* el 30 de Marzo de 1878 en el regio coliseo.

El éxito fué sumamente lisonjero, y valió al debutante una escritura para el teatro de la Comedia, donde, en los meses de Mayo y Junio de aquel año, cantó con gran aplauso las partes de tenor en *Crispino e la comare* y *Don Pasquale*.

Al año siguiente figuraba Valerito en la lista de la compañía del Teatro Real; allí cantó durante dos temporadas con la empresa Robles, y una con la del Sr. Rovira, cabiéndole la inesperada honra de ser el tenor de Cristina Nilsson en *Mignon* y *Fausto*.

Desapareció después Valerito de Madrid, dirigióse á Italia, y perdiéndolo de vista el público de la corte, acabó por olvidarlo por completo.

Yo, que sigo atentamente en los periódicos extranjeros la carrera de todos los artistas que se dedican al teatro, he visto crecer y desenvolverse poco á poco la reputación de Valerito fuera de España.

El mayor elogio que puede hacerse de nuestro joven compatriota es consignar que desde que se marchó de Madrid no ha estado inactivo ni un solo instante.

Italia lo acogió con los brazos abiertos, y con decir que Fernando Valero ha cantado ocho temporadas en Milán, tres en la Scala y las demás en el Dal Verme, el Manzoni y el Carcano, queda dicho si fué aplaudido en la capital de la Lombardia, y si se apreciaron allí las facultades del cantante y la inteligencia del artista.

No sólo Italia, sino Austria, Alemania y Rusia le brindaron con los teatros imperiales de Viena, Berlín y San Petersburgo, donde cosechó laureles Valerito y vió su nombre aclamado, mientras llovían en los bolsillos del ex escribiente de Hacienda, florines, marcos y rublos.

Admirábase todos los públicos en *Mignon*, *Rigoletto*, *Mefistófeles*, *Martha*, *Los pescadores de perlas* y otras óperas de medio carácter; pero un nombre español, *Carmen*, sonaba en todos los labios cuando se quería preconizar el talento del cantante y el fuego dramático del artista.

La ópera de Bizet ha rodeado á Valerito de una aureola de celebridad indiscutible, y nadie, según voz general, ha llegado á asimilarse de un modo más perfecto la vehemencia, el calor, la sangre que abrasan al inmortal personaje del maestro francés.

La opinión unánime de los públicos que he citado antes, me decide á aventurarme en este anticipado reclamo, que perjudicaría á Valerito si no tuviese la seguridad de que nuestro compatriota justificará plenamente ante el público madrileño la fama que en el papel de *D. José* le han adjudicado extraños países.

Dentro de pocos días debutará Valerito en la *Carmen*. La impaciencia y el interés del público son tan grandes, como las esperanzas que tienen en el joven artista sus antiguos amigos y la Empresa del teatro Real.

Por mi parte, me despido hoy de Valerito, y me preparo á saludar á Valero al dar cuenta de la primera representación de *Carmen*.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

MURMURACIONES

Hace tiempo que murmuran las gentes de la ciudad, porque las horas contigo suelo en la reja pasar. Fama me han puesto de tigre, fama también de holgazán, porque debiera esas horas dedicárselas á estudiar. ¡Pobres gentes, pobres gentes, que nunca imaginarán, que tú para mí ser puedes aula de Universidad! Contigo aprendo gramática, aritmética, además, algo de filosofía, y un poquito de moral.

Porque tú prácticamente me enseñas á conjugar por activa y por pasiva los tiempos del verbo amar; porque tú también me enseñas, con mucha formalidad, que faltar á un juramento es un pecado mortal; porque en tus labios, bien mío, aprendo á multiplicar revolviéndote seis besos por cada tres que me das; y porque amándote mucho convengo con Jorge Sand que el amor es en la vida la sola felicidad.

J. E. SANMARTÍN Y AGUIRRE

PACOTILLA

—¿Qué Navidad á la has oído?
Era tan grande mi afán que anoche, por fin, he ido.
—¿Y como entrar has podido?
—¿Cómo?... ¡Empujando el gabán!
—¿En este tiempo? —¡Bobada!
—¡Chico, jamás lo creyera.
—¿Si no haces frío ni nada!
—¿Y si es una nevada?
—¡Ay, qué lá que cayera!

En el café de Fornos:

—Mozo, trae un vaso de vino.
—Aquí no se despacha eso.
—¿Cómo que no! ¿No hay sorbetes de frutas de todas clases?
—Sí, señor.
—Pues eso es lo que yo te pido; ¡un sorbeté de úvas!

Dejó El Nito, yendo al toro,
un par malo en las costillas,
y exclamó don Telosforo:
—¡Muy buen par de banderillas!
—¡Buena cosa! ¡Dijo Gaspar.
—Si señor, no lo desecha.
¡Dejará de ser un par
de banderillas bien hecho!

¡Caracoles con los pesames de La Correspondencia!

Decía días pesados:
«A edad avanzadísima ha fallecido en Murcia la señora doña A. C., viuda del alcalde de aquella población, de grato recuerdo, D. S. M. B., á quien acompañamos en su dolor.»
¡Esto sí que tiene la gracia del mundo!
¡Acompañar en su dolor á un muerto!
¿Y por qué?
¡Porque ha ido su esposa á rennirse con él en la otra vida!

Pues si por qué va la esposa
su sentimiento le expresa,
¡demonio! ¿qué hubiera dicho
si se le muere la suegra?

JOSÉ ESTRAN.

¡AGUINALDOS!



¡No sea posible que Los Madriles, que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándolos de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. Los Madriles quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

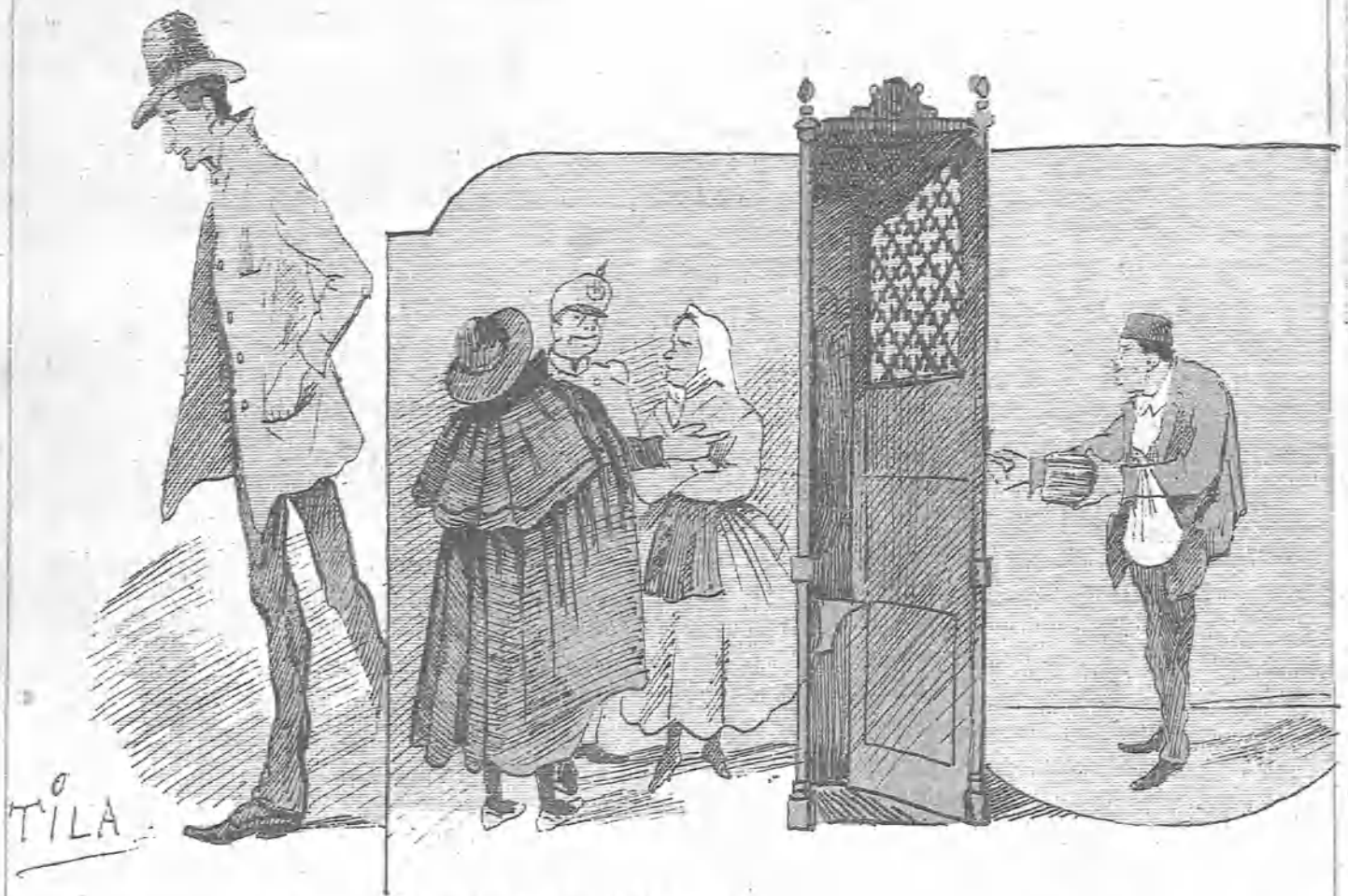
El suscriptor que se abone por todo 1889 en esta Administración, pagando sus nueve pesetas, recibirá: Dos tomos de *Las novelas amorosas*, el *Almanaque Cupidinesco* y *Los Madriles*, como en suscripción. Y léguese en cuenta, que los libros cupidos son un primer de año é ilustraciones, llevan cubiertas de primera al *crómo*, y valen cinco pesetas. De modo que harémosle la cuenta por los dedos, resulta *Los Madriles* en cuatro pesetas.

Los suscritores por semestres recibirán un tomo de *Novelas amorosas*. Vuélvase á contar por los dedos... y resulta *Los Madriles* en tres pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

Los actuales suscritores recibirán el *Almanaque*. Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!

Huñes, impresor, plaza de la Paja, 4 bis.





—¡Van lo menos ocho días dándose contrajudías!

—¿Qué estás diciendo, Macario? ¿Dices que es una garita?

—¡Pus no lo ves!—Bruto, quita, si paice un confesonario!

—¡Ver y callar, ver y callar!

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Almanaque cuplidesco para 1889, escrito por los mejores literatos, ilustrado con más de 100 grabados y cubierta al cromo en 12 colores. (Año IV.)—Una peseta.

Spollarium (cuadros sociales), por Joaquín Dicenta; ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 8.º y cubierta en colores, 3 pesetas.

¡Mártir ó Delincuente? poema por Francisco Salazar. Cubierta ilustrada de L. Pozo: una peseta.

Bonafoux (Luis).—*Yo y el plagiarío Clarín*. Un tomo en 8.º con el retrato del autor, una peseta.

Aubert (Carlos).—*Las novelas amorosas*. Publicación de gran lujo con ilustraciones en negro y colores, aguas fuertes y cubierta al cromo en 14 tintas. Se han publicado cinco tomos, al precio de 2 pesetas.

Fernandez Shaw (Carlos).—*Parles de Abril y Mayo*. Libro de amores. Edición de gran lujo, con más de 30 fotograbados directos de acuarelas originales de Cuchy. Arsen elegantísima cubierta en papel Japón, con grabados en colores.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Daudet (Alfonso).—*Tartarin en los Alpes*. Versión castellana de Eusebio Blasco. Edición de gran lujo con 154 grabados de Jiménez Aranda, Beaumont, Montenard, Myrbach y Rossi, prólogo del traductor y autógrafa de Daudet. Un tomo en 4.º, de 320 páginas y cubierta á la acuarela, 5 pesetas.—Encuadernado en tela, planchas de oro, 7 id.—Id. holandesa, corte rojo, lizas porcelana, 7 id.

Nota. Los ejemplares encuadernados llevan también el cromo que sirve de cubierta á los de rústica.

Pepa B***.—*Gotas de doña*.—Edición de gran lujo con 35 grabados en colores y elegante cubierta á dos tintas.—Un tomo en 4.º; 3 pesetas.



Gómez de Ampuero.—*¡Con verlo basta!* Novela festiva. Ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 4.º, con cubierta en cuatro colores, una peseta.

Chismes y cuentos.—Colección de chismes, cuentos y epigramas de varios autores. Un folleto en 8.º, con 100 grabados y una parodia de las *Humoradas de Campoamor*, una peseta.

Cuentos didácticos.—Primera serie. *¡Solo para hombres!* Se han publicado los doce tomos ilustrados de que consta. Cada tomo, una peseta.

Idem.—Segunda serie. *¡Solo para señoras!* Se han publicado tres tomos ilustrados. Cada tomo, una peseta.

El espejo del alma.—Poema en tres cantos por J. de las Cuevas.—Ilustraciones de Cuchy. Cubierta holandesa con lomena y puntas sobre tapicería *Smirna* á tres tintas, una peseta.

Latigazos.—Poemas microscópicos, por J. Navarro Reza. Ilustraciones de Cucha, Cuchy y otros artistas. Cubierta *emboitage* á tres tintas con grabados y *encadrement* de tapicería, una peseta.

Serrano de la Pedrosa (Francisco).—*La mujer, el marido y la vecina*. Novela festiva. Edición de gran lujo, con grabados en negro y colores y una lámina aparte. Un tomo en 8.º, con cubierta en colores, 2 pesetas.

Velarde (José).—*Toros y chimborazos*. Cartas en defensa de las corridas de toros, dirigidas á D. José Navarrete. Un tomo en 8.º, una peseta.

Estas obras se remiten *francas de parte* á todos los puntos de España.

Los pedidos, acompañados de su valor en sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.